



La hora más trágica

HOY ESCRIBEN
Hebe de Bonafini
Carlos Del Frade
Demetrio Iramain
Edgardo Binstock
Jorge Elbaum
Laura Bitto

A 46 años del nefasto golpe cívico-militar, *El Argentino* ejerce la memoria en la voz (la más potente de todas las voces) de nuestros columnistas: Hebe de Bonafini, Carlos Del Frade, Demetrio Iramain y Jorge Elbaum; nuestro colaborador especial, Edgardo Binstock, y el conmovedor relato en primera persona de Laura Bitto. Porque para entender la realidad siempre hay que revisar el pasado con mirada crítica.



Hay que recordarlos con la alegría que tenían, pero levantando sus principios

Por Hebe de Bonafini



El 24 de marzo es un día en el que hay que recordar el horror. Y no nos tenemos que equivocar: no hay nada para festejar, sino para recordar y grabarnos en el corazón y la cabeza, que tener un desaparecido, o dos, o incluso tres, es una tragedia y no es ningún privilegio.

Un desaparecido no es una reparación económica, no es un puesto de trabajo, no es una casa. Son vidas preciosas, jóvenes, revolucionarias, entregadas a la Patria, para defenderla y cuidar a los que menos tenían. Jóvenes lúcidos y muy preparados, muy alegres de hacer lo que hacían.

Por eso, no confundamos tragedia con privilegio. No hay plata, ni reparación monetaria (sin

importar qué gobierno la decretó), que puedan reparar el horror, la tragedia, la muerte, la tortura. Nada lo repara porque es demasiado grande lo que nuestros hijos quisieron e hicieron.

Hay que recordarlos, sí, con la alegría que ellos tenían. Pero llevando adelante sus principios: la solidaridad, la lealtad, no traicionar. Esos principios eran primordiales para ellos. Por el contrario, esas prácticas tan comunes hoy, de algunos que se cambian de un lado para el otro como si nada fuera, no existían en nuestros hijos.

La formación política, que la tenían en gran medida, porque desde muy jovencitos se prepararon, provenía de muchas maneras: haciendo

obras de teatro y hasta leyendo los textos más complejos, porque ellos y ellas eran muy inteligentes, muy decididos y muy entregados a pesar de su juventud.

Por todo esto cada 24 de marzo es un día de tragedia para nosotras. Nadie puede pagar las torturas; sin embargo hay alguien que cobró por las horas de tortura recibidas. Eso nos parece terrible. Y hay muchas familias y madres de desaparecidos que cobraron reparación económica como si la vida de los hijos valiera plata, dinero. Es terrible, trágico y doloroso; es infame.

Continúa en la página 2.



ESPECIAL

24 DE MARZO DE 1976



Por Hebe de Bonafini

Hay que recordarlos con la alegría que tenían, pero levantando sus principios

(Viene de la tapa)

Por eso las Madres siempre recordamos el 24 de marzo y hacemos actividades fuertes, no de ahora, que marchan tantos, sino de cuando nadie lo hacía: alguna marcha, algún congreso, siempre para contar, no desde el horror sino desde la vida.

No hay que olvidar que ni siquiera hay juicio que repare, porque tampoco

hay que olvidar que cuando los genocidas están presos van a cárceles de lujo, donde están entre ellos, ni siquiera van a cárceles comunes, a comer mierda como comen los presos comunes.

Por eso tiene que ser bien completa esta recordación del 24 de marzo. Hay que estudiar y prepararse, y no decir que todas somos iguales.



¡No somos todas iguales! Las Madres de Plaza de Mayo somos diferentes a todas porque somos la única organización que socializó la maternidad, que no cobra la reparación económica, que no busca muertos.

Nosotras le damos vida a nuestros hijos cada día, cada hora y cada minuto; esa vida que ellos amaban tanto, haciendo cosas para ellos y ellas. Esas pibas jovencitas que una veía tan alegres, solitas, yendo a su



Unidad y 24 de marzo: juntos, pero no revueltos

Por Demetrio Iramain

Por sí sola, independiente de la experiencia, la "unidad", en política, no vale demasiado. Está sobrevaluada. Algunos ejemplos:

En 1981, en plena dictadura y ante una conflictividad en aumento, los generales a cargo del gobierno de facto ensayan un llamado a los partidos políticos, que aceptan, "en unidad", la invitación y conforman la "Multipartidaria". Pero para participar, los partidos políticos de entonces (UCR, PJ, Movimiento de Integración y Desarrollo, Partido Intransigente y Democracia Cristiana), deben consentir la única condición que les impone el régimen de terror: condenar la subversión, hecho que constituye la excusa para el golpe. Sólo las Madres rechazan la jugada de la dictadura y redoblan su lucha, convocando en diciembre de 1981 a la primera Marcha de la Resistencia y levantando aun más fuerte y alto su primera consigna: "Aparición con vida", creada un año antes. Aquella unidad sirvió para darle aire a la dictadura, no para denunciarla.

Años después, en Semana Santa de 1987, Aldo Rico comanda una sublevación militar en reclamo de la impunidad plena y total para los genocidas. El pueblo, que se moviliza en firma incesante a Plaza de Mayo, enfrenta en la calle a los carapintadas. Todos se acuerdan del "Felices Pascuas" de Alfonsín, pero muchos se olvidan del "Acta de compromiso democrático"

firmada "en unidad" por todo el arco político de entonces (PJ, UCR, PI, UCD, CGT, cámaras empresariales y Partido Comunista), que establece el "debido reconocimiento de los niveles de responsabilidad de las conductas y hechos del pasado". Exactamente lo que pedían los milicos, y que meses después se plasmaría en la ley de Obediencia Debida. Sólo las Madres de Plaza de Mayo rechazan el nuevo consenso con el poder militar. La unidad política expresada en el balcón donde Alfonsín, al lado de Antonio Cafiero, entre otros, dice "La casa está en orden", sirve para la impunidad.

Por eso, la unidad, sola, no garantiza nada. No por ir juntos vamos a descuidar nuestra identidad, ni regalar nuestra historia. Unidos, sí; revueltos, no. Porque después así nos va en las elecciones. La unidad debe servir para la política, y no servir a los políticos. Su objetivo final es uno solo: transformar y cambiar la vida.

Debemos reivindicar (y ejercer) el sagrado derecho a estar en contra y decirlo en voz alta. Un único confort, sin embargo, tenemos impedido: el pesimismo.

Contra el error imperdonable del desánimo, el laburo infernal de la esperanza. Ya vimos que la revolución no estaba a la vuelta de la esquina. Dónde está, no sabemos todavía. Pero enfrente está el precipicio. De eso sí estamos seguros.

De la dictadura al macrismo: las caras de la derecha para imponer su modelo económico



Por Edgardo "Edy" Binstock. **Militante peronista y sociólogo**

El 24 de marzo se cumplen 46 años del golpe militar más sanginario de nuestra historia moderna. El objetivo: poner fin a un modelo de desarrollo de mercado interno con justicia social y fuerte protagonismo del movimiento obrero organizado. La intención: incorporar nuevamente a la Argentina al mercado mundial como país agroexportador.

Carentes de apoyo popular, las minorías oligárquicas se valieron de las FF.AA. para disciplinar a sangre y fuego a una clase trabajadora combativa, una generación política fuertemente comprometida con los destinos de la Patria.

La propuesta al "pueblo de la Nación" presentada por su ministro de Economía, José Alfredo



A 46 AÑOS DEL ÚLTIMO GOLPE DE ESTADO



El triple 6 de la historia argentina

Por Carlos Del Frade, especial para "El Argentino"

El pasado sigue abierto en el presente por las pesadillas impunes y los sueños colectivos inconclusos. El proyecto político del golpe iniciado el 24 de marzo de 1976 fue subordinar la vida de las grandes mayorías a las imposiciones del capital financiero. Lo productivo debía desaparecer en la Argentina. El dinero debía multiplicar al dinero, filosofía del casino y cuando las cuentas del Estado estuvieran al rojo vivo, la solución vendría del gran negocio de los bancos extranjeros a través de préstamos y la perversa bicicleta de la deuda externa. El derecho laboral, construcción colectiva de generaciones y generaciones argentinas, llamado peyorativamente "el costo argentino", debía limarse casi hasta la extinción.

Por eso seis de cada diez personas desaparecidas eran jóvenes trabajadoras y trabajadores menores de treinta años. Por eso

seis de cada diez personas desocupadas son jóvenes de entre quince y treinta años. Y seis personas detenidas de cada diez en las principales cinco provincias argentinas son jóvenes de entre quince y treinta años. El triple 6, la metáfora bíblica de la bestia apocalíptica que, en este caso, revela una clave de la historia profunda de la Argentina de los últimos 45 años.

Desaparecidos, desaparecidas, desocupadas, desocupados, detenidas y detenidos tienen entre quince y treinta años. La bestia es la configuración política del capitalismo que siempre castiga a quienes tienen por impulso biológico y cultural producir las necesarias transformaciones en la sociedad. Pero los últimos años confirmaron la idea fuerza que casi en clave literaria repetimos desde hace tiempo: el pasado sigue abierto en el presente. El proyecto político económico que impulsó el

macrismo tuvo el mismo objetivo que la dictadura, el reemplazo de la producción por la financiarización de la economía.

El Estado colonizado a favor de los grandes grupos económicos nacionales y extranjeros, la multiplicación de la deuda externa, la demolición del derecho laboral, la desarticulación de la salud y la educación y el lavado de dinero como verdadero canal de circulación de la riqueza argentina. Aquello se hizo con botas, 46 años atrás; el macrismo, ahora, lo realizó con votos. Por eso la permanente necesidad de la memoria y la construcción de conciencia crítica para evitar una nueva etapa del saqueo planificado que solamente democratiza el dolor y la violencia. Porque la memoria no sirve para el pasado, si no para tener conciencia en cada presente del sueño colectivo inconcluso de ver en el trono de la vida cotidiana a la noble igualdad.

militancia en trenes que vaya a saber dónde iban, pero con una entereza, unas ganas y una convicción muy grandes por lo que estaban haciendo.

Me parece muy importante que este diario salga y lo lean todos, porque hay que leer y prepararse mucho.

Van a tocar momentos difíciles y hay que estar preparados para eso.

¡Ni un paso atrás! ¡La única lucha que se pierde es la que se abandona! Y el próximo 30 de abril cumpliremos 45 años de lucha caminando, en las plazas, no sentadas en la casa. Muchos van a festejar 45 años de estar sentados en la casa... ¡Pará la mano!

Nosotras, las Madres, festejaremos 45 años de lucha, protesta, discusión, de no dormir.

Por lo demás, gracias por esta oportunidad. Sigamos con mucha fuerza haciendo este diario que da muestras de mucha libertad.



Martínez de Hoz, el 2 de abril de 1976, desreguló y abrió la economía a una competencia sin restricciones y motorizó un endeudamiento brutal. El resultado fue la destrucción del aparato productivo nacional con su secuela de desocupación, la pérdida de derechos y el incremento de la deuda externa que pasó de 5.000 a 45.000 millones de dólares en 7 años. Un robo "a mano armada" al pueblo argentino, un genocidio político y social.

La incapacidad del bloque de poder de desarrollar un proyecto de país incluso alternó genocidio, saqueo y endeudamiento como forma de dominación. Desde el empréstito con la Baring Brothers en el siglo XIX, los petrodólares "baratos" en la última dictadura, el vil remate del patrimonio nacional de la década del '90, al brutal endeudamiento con el FMI del gobierno macrista hay una continuidad histórica que condiciona el presente y el futuro de las argentinas y los argentinos.

Por eso, este 24 de marzo, en unidad y con movilización, debe señalarse sin ambigüedades el vínculo entre el modelo económico de la dictadura con los gobiernos de los CEOS, de los grupos económicos y el endeudamiento como instrumento de saqueo y dependencia.

EL TIMBRE DE LA CLASE



Por Jorge Elbaum

El 24 de marzo de 1976 en la memoria arraigada de la desolación

Yo era un adolescente que viajaba en el colectivo para entrar a las 12.30 al colegio Carlos Pellegrini.

En 1976 tenía 15 años y la velocidad de las palabras y las consignas me atravesaban como joven, como rebelde, como hijo de trabajadores que apostaban a la educación de sus hijos como su investigación vital más importante.

En mi secundaria los libros no eran sólo artefactos de cultura. Eran materiales de disputa, de debate, de "formación de cuadros". La avidez por leer era un compromiso militante que iba de la mano de una construcción vital. De la necesidad de cambiar el mundo.

El golpe militar del 24 de marzo de 1976 me sorprendió en los rituales del enamoramiento adolescente y la sensación de ser parte de una mutación significativa: el mundo estaba revuelto y todas sus fallas de injusticia, carencias y sometimiento estaban siendo desafiadas por una generación a la que yo ingresaba como un pibe de barrio.

Los militantes que transitaban cuarto y quinto años eran pibes y pibas que yo escuchaba extasiado. Escuchaba sus voces en las asambleas y los reconocía como jóvenes que desafiaban -con un coraje inmenso- las reglas de juego de los preceptores, del colegio e incluso de los órganos represivos.

El inicio de las clases de 1976 fue oscuro. El miedo empezó a filtrarse por las alcantarillas. Los pupitres viejos, marcados de consignas políticas hechas a fuerza de tijeras y compases, empezaban a ser borroreados con tesón y apuro.

Los profesores y regentes que un año antes pasaban desapercibidos, casi cohibidos, por el empoderamiento de las agrupaciones estudiantiles, salían de sus tapaderas en versión de venganza. Nos advertían que "la política iba a desaparecer el colegio", pero nosotrxs sólo entendíamos la palabra desaparecer en su acepción figurada. En su cuota de límite. En su pretendida ambigüedad de prohibición. Recién para fin de año o principios de 1977 la desaparición había adquirido su noción fantasmagórica de secuestro extraño a lo jurídico.

Pasaron los primeros meses posteriores al golpe y el miedo se construyó en la sombra interna y externa del colegio. Algunxs compañerxs de la Juventud Peronista quedaron escrachados porque venían militando a cara descubierta en el centro de estudiantes y terminaron siendo nombre de largas listas confeccionadas por las autoridades educativas. Para mitad de año había chicos y chicas que no venían más a clase. Los relatos eran contradictorios: que habían sido detenidos, que se habían ido del país...

Otros, entre los que me encontraba, cortamos nuestros nexos con determinados circuitos y visitas: ya no visitábamos otras escuelas para llevar revistas y abandonamos de un día para el otro el

intercambio de fin de semana en las plazas y los barrios populares. Varios quemamos libros en la bañadera con la anuencia de padres. Otros sepultamos fascículos del Centro Editor de América Latina con la convicción de estar enterrando un tesoro.

Hubo algo semejante a la mudez. Pibes que eran extrovertidos pasaron al secretismo y después a la introspección. Chicas que lideraban los debates se había llamado a un mutismo espectral.

Cuando retrotraigo la mirada a ese hueco de terror cotidiano sólo recuerdo la sensación de dificultad para respirar. Tiempo después algo o alguien le puso nombre a ese síntoma y lo caratuló como angustia. Pero para mí era una indudable ausencia de oxígeno. Una puñalada de ahogo que se metía desde adentro hacia afuera, que inundaba el patio del colegio, que nos convertía de una vez y para siempre en los sujetos paranoicos que hoy seguimos -de alguna manera- siendo.

Es que todo parecía uniformarse. Las calles se habían convertido en espacios de miradas desconfiadas y de persecuciones. Los libros -que habían sido las plataformas de formación, debate y argumentación- se transformaron en dispositivos peligrosos. Se volvió al esquema de los manuales en los que un editor seleccionaba las secciones menos contaminadas de debate, cuestionamiento y espíritu crítico. Volvimos en 1976 a ser sujetos memorísticos en los que "estudiar" era sinónimo de refrendar lo que otros querían que repitiéramos. Todo se achicó de un año a otro: la perspectiva de los años anteriores nos lanzaba a ser protagonistas y lo que sobrevino al '76 nos empezó a señalar como amputados de un vuelo, como adolescentes reubicados en la obediencia y el silencio.

Me veo caminando por la calle Marcelo T. de Alvear a la salida del colegio y veo a esos pibes y pibas de mi edad como si se hubiesen convertido en víctimas. En condenados. Muchos caminan con la cabeza gacha. Sonríen apenas desde la comisura de los labios con un gesto atenuado. Con miedo a la carcajada. Con derrotas en las costillas.

Pasaron 46 años y logro divisar en esas biografías a los pibes que terminaron desapareciendo bajo las botas genocidas.

Muchas veces sueño con el sonido del timbre que anunciaba el ingreso a las aulas. Y espero hasta último momento para ver si regresan esos militantes a los que tanto admiraba. La espera, en este casi medio siglo, siempre se asemeja a una pesadilla reiterada. ¿Qué hubiesen querido ellxs, de cada uno de los que esperamos en la puerta, su regreso? Que sigamos su estela de signos, pasiones y asambleas interminables. Pero que nunca los abandonemos. Ni siquiera cuando el timbre se empecina en silenciar las conciencias.



ESPECIAL

24 DE MARZO DE 1976



En vísperas de un nuevo 24 de marzo, la vicepresidenta Cristina Fernández de Kirchner se reunió con Hebe de Bonafini, Rosa de Camarotti, Visitación de Loyola y Carmen Arias. El encuentro tuvo lugar en la sede de la asociación.



Dos relatos, una historia

Sus manos se entrelazaron sobre la enclenque mesa del comedor en aquel departamento de Chacarita. Se miraron a los ojos, sonrieron y preguntaron sus nombres. –María Cristina –dijo una de ellas sin bajar la mirada– ¿Y vos?
–¡La puta! María Cristina, respondió.

El 9 de septiembre de 1977, María Cristina Cárdenas “La Negra” regresaba a su casa en la calle Gluck 3380 del barrio Villa Tessei, Hurlingham, en la provincia de Buenos Aires. Caminaba por una calle paralela a la suya. Una vecina se acercó, la tomó del brazo y avanzó junto a ella.

–Es en tu casa, a tu marido ya lo mataron, le dijo.

–¿El bebé?, preguntó “La Negra”.

–Lo recuperó la vecina de la esquina, no se lo llevaron.

Ella, María Cristina Cárdenas “La Negra”, se alejó del barrio, tomó un colectivo, después un tren y llegó a la zona de Chacarita.

“Me senté en un banco a reflexionar, a ver qué hacía. Habían matado a mi compañero Chacho –Jorge Fortunato Camilión–, mi hija Cecilia estaba en Córdoba y Moí, el bebé, en la casa de una vecina. Encontré datos que identificaban un departamento al que había ido a visitar a Sole. Así que seguí mi instinto, di vueltas, hasta que vi la puerta de entrada al edificio. La zona la recordaba. Una vez íbamos caminando y tu padre me dijo: ‘Negrita, hay una pinza, así que te quiero mucho’, me abrazó, yo me acosté sobre él y algo veía. Cuando me encontré en esa situación, sin nadie a quién recurrir, observé las señales, la torre de una iglesia, el parque, la avenida y empecé a dar vueltas hasta llegar al edificio. Toqué el timbre y ella –María Cristina Mena– me contestó por el portero. Preguntó quién era. Le dije”.

–Sí, subí, respondió Cristina cuando reconoció la voz de “La Negra” al otro lado del portero.

“Si estoy viva es gracias a tu mamá, y a tu papá también, dice Cristina ‘La Negra’. Hicieron todas las conexiones para que yo pudiera salir.”

El vínculo entre las Cristinas había comenzado algún tiempo atrás, cuando aún sin conocer sus nombres, “La Negra” comenzó a visitar a Soledad –Czury Edith Lamy– en aquel departamento de Chacarita.

“Cuando recibimos a Soledad en casa tenía una pierna lastimada. Con mi compañero Antonio resolvimos darle cobijo. Y así comenzó nuestra relación. Tuvimos que contribuir a su curación, pasó por una cirugía. Fue muy traumática su salida del lugar en el que estaba, donde funcionaba la imprenta de su organización El Obrero. Cuando entró el ejército, se llevó a la familia con la que convivía, que aún está desaparecida. Ella estaba alojada en la parte superior

de la casa y un oficial le dio un par de horas para salir. En ese momento estaba enyesada, había tenido un accidente y la única manera que encontró para escapar fue rodar por las escaleras y arrastrarse hasta la vereda a pedir ayuda. Los vecinos la acompañaron hasta un taxi y comenzó su peregrinación

hasta llegar con nosotros. Fue casi un año y medio de convivencia, éramos una familia. Soledad mejoró y nos pidió volver a hacer contacto con sus compañeros y así ‘La Negrita’ comenzó a venir a visitarla”, cuenta María Cristina Mena con el cuerpo emocionado y la voz partida.

Soledad se recuperó y resolvió volver a la militancia, eso se respetaba.

–Había que dejarla ir –dice Cristina– porque Soledad era libre y sobre todo una militante. Teníamos controles semanales, con toda la mecánica que implicaba tener un control de ese tipo, para saber que todo iba bien. Un día la llamada primera no entra, la llamada segunda no entra y en la llamada tercera dimos por sentado que Soledad tenía problemas.

“En la llamada tercera que no contestó, dimos por sentado que Soledad tenía problemas. Soledad, Czury Edith Lamy, al día de hoy sigue desaparecida.”

Soledad –Czury Edith Lamy– al día de hoy se encuentra desaparecida.

–Si estoy viva es gracias a tu mamá que me abrió la puerta y a tu papá también –dice Cristina “La Negra” –. Me dieron documentación, hicieron todas las conexiones para que yo pudiera salir, organizaron un encuentro con mi mamá que venía desde Córdoba para Buenos Aires a entregarme a mis hijos. Pude salir con los dos y arrancar otra parte de la historia. Cómo se sobrevive. Cada uno que sobrevive tiene una historia tan difícil como la mía. Llegué a Brasil, me refugió el Alto Comisionado en San Pablo y de allí partí a Suiza, aterricé en Ginebra precisamente. Entre los que fuimos llegando hicimos una nueva familia.

Se estableció un barrio nuestro, nos ayudábamos con todo, una experiencia de vida muy fuerte. Llegaron compañeros que salían de la ESMA, de La Perla, todos los que pudieron escapar. Hicimos una red de solidaridad entre nosotros que nos ayudó a sobrevivir, porque no es solamente el techo y la comida lo que te hace sobrevivir. Fuimos de los primeros grupos en volver apenas retornó la democracia. Regresamos escalonadamente de acuerdo a cómo el gobierno nos podía traer, en el ‘84 volví a la Argentina.

Hoy ambas Cristinas cuentan la historia, una gran historia de vida, supervivencia y solidaridad infinita que supo enfrentar la violencia de la última dictadura cívico-militar-ecclesiástica en nuestro país.

Mientras escribo, Paula, la sobrina de Soledad, me envía la invitación a una intervención en memoria de Czury Edith Lamy hoy en la Plaza Benjamín Vicuña Mackenna. María Cristina Mena –mi madre– me vuelve a contar la historia y María Cristina Cárdenas –“La Negra”– a sus 80 años se emociona al oír mi voz al otro lado del teléfono. La historia sigue girando y los 30.000 se multiplican en el corazón de los millones que levantan sus banderas y pelean por sus causas.

Por Laura Bitto

